

LA HIJA MENOR

Y OTROS CUENTOS

ANA JOSE SÁNCHEZ GARCÍA

MIGUEL JOSÉ CARBAJOSA GÓMEZ

INMA DOMENECH PEDREÑO

NURIA VILA SÁNCHEZ

LAURA CÁCERES SALVADOR

CECILIA ALONSO OCHOA

SANDY DESCHAMPS FÉLIX




EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

LA HIJA MENOR

Y OTROS CUENTOS

ANA JOSE SÁNCHEZ GARCÍA
MIGUEL JOSÉ CARBAJOSA GÓMEZ
INMA DOMENECH PEDREÑO
NURIA VILA SÁNCHEZ
LAURA CÁCERES SALVADOR
CECILIA ALONSO OCHOA
SANDY DESCHAMPS FÉLIX

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2024

Edición: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La hija menor y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2024

C/ Carril de los Juanes, 12
30012 Murcia (España)

Teléfono: +34 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com
www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-7-1
Depósito legal: MU 1408-2024
Impreso en España/Printed in Spain

LA HIJA MENOR ANA JOSE SÁNCHEZ GARCÍA	9
PRINCESA DE LOS BOSQUES MIGUEL JOSÉ CARBAJOSA GÓMEZ	17
TRES CAJITAS DE LATÓN Y UNA DE MARFIL INMA DOMENECH PEDREÑO	25
DE PLATA, MÚSICA Y MENTA NURIA VILA SÁNCHEZ	37
LA FLORECILLA QUE APRENDIÓ A MECERSE CON LA BRISA LAURA CÁCERES SALVADOR	45
LA VIDA SABE CECILIA ALONSO OCHOA	51
CUCARACHO Y YO SANDY DESCHAMPS FÉLIX	57
«AHORA TE TOCA A TI»	63
«ÉRASE TU VEZ»	71

PRÓLOGO

Cuentan las mariposas que cuando liban flores se encuentran con aromas perdidos y dulzores de antaño que ya no aparecen por ningún otro sitio. Ellas lo disfrutan como si la vida se renovara una y otra vez. Y si lo cuentan las mariposas habrá que tenerlo en cuenta, como también hay que creer en la magia de las palabras cuando se empeñan en mostrar lo que menos esperamos, y así endulzan los sinsabores de nuestra vida.

Los días 18, 19 y 20 de octubre de 2024 se reunieron bajo el paraguas del nuevo curso «Érase tu vez» siete personas dispuestas a hacer realidad cuanto cuentan las mariposas. Era la edición número 19, un largo recorrido que va tiñéndose de aroma antiguo, como el que encuentran las mariposas en las flores.

Ana Jose Sánchez García, Miguel José Carbajosa Gómez, Nuria Vila Sánchez, Inma Domenech Pedreño, Laura Cáceres Salvador, Sandy Deschamps Félix y Cecilia Alonso Ochoa han sido las encargadas de crear nuevos mitos contemporáneos. Ya sabemos que los mitos antiguos eran la psicología de esos tiempos. Hoy podemos contar con los cuentos que se crean desde estados expandidos de conciencia generados por el juego y la risa, como hacemos en este taller.

En este nuevo volumen te vas a encontrar con una rica variedad de experiencias en clave simbólica, metáforas de nuestros días para ayudar a sanar el alma. Respira y que tu recorrido sea fructífero.

*Dedico este cuento a toda aquella persona que ha sufrido una pérdida
y no ha tenido la oportunidad de despedirse.
Espero que encuentres tu forma de cerrar el círculo.*

LA HIJA MENOR

ANA JOSE SÁNCHEZ

Erasede una vez una niña, tan bonita, tan bonita, que el sol cada mañana antes de salir, se asomaba por su ventana para verla dormir plácidamente en su cama. Entonces, sonreía el sol, de verla tan hermosa y se iba hacia el este para iluminar la vida del resto de vecinos de la población.

Con el cantar del gallo, la niña ya se estaba arreglando sus coletas. Siempre llevaba coletas o trenzas, dos. Porque hacerse una sola le daba pena, era mucho trabajo sólo para una sostener sus pensamientos, que eran cientos, miles o incluso millones en un día.

Tenía el pelo rojizo y liso como una tabla. Ella miraba a Felisa, su vecina, con los rizos alborotados y pensaba: «¡Qué pelo más divertido y desordenado!».

En las mejillas unas pecas, del color del pelo, que coloreaban su pálida cara y sobre todo una enorme, simpática y apacible sonrisa, que alegraba la vida de su casa.

Era la menor de tres hermanos y se llamaba Maripepa.

Maripepa tenía un curioso caminar y es que caminaba como un hada saltarina. Sus pies casi ni rozaban el suelo y era increíblemente silenciosa. Sus pasos no los escuchaban ni las hormigas que habitan en las grietas del suelo.

—¡Maripepa! ¡Tú otra vez! ¡Menudo susto me has dado!

—le gritaba su madre, su hermano, su abuela o el zapatero. Tanto daba, porque siempre andaba igual de sigilosa, donde quiera que estuviera.

Cuando la mirabas era imposible no sonreír. Con sus trenzas rojizas cayendo en los hombros, las pecas decorando su cara y la sonrisa resplandeciente, literalmente de oreja a oreja, con los labios sonrojados y los dientes más blancos que la nieve.

—¡Me voy a la calle a jugar!

—¿Con quién?

—Con el aro, el elástico y el platillo. Si nos necesitas sólo tienes que decir mi nombreeeeeeeeeeeee... y alargaba la “e” hasta que el sonido dejaba de oírse, porque ya no estaba dentro de la casa, estaba en la calle, junto a la acequia y desde allí, el sonido no encontraba el camino hasta el oído de su mamá.

Maripepa jugaba sola casi siempre, con su aro, elástico y platillo. Por turnos, a partes iguales, para que ninguno se ofendiera, ni se sintiera el preferido.

—Os quiero a los tres por igual, chicos. ¡Venga, vamos a jugar todos juntos! ¿Quién empieza hoy? Que nadie se enfade, lo echaremos a suertes.

Y cada tarde Maripepa trucaba la suerte para que un día le tocara empezar al aro, otro día al elástico y otro al platillo. Así tres días y vuelta a empezar. Y si es que un día estaba enferma y no podía jugar; o acaso le tocó acompañar a su abuela a la compra; o quizás es que llovió y entonces no pudo jugar, pues hacía como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! El último que empezó fue elástico, entonces le toca empezar a... a ver la suerte qué dice... ¡platillo!

Y así se iba cumpliendo el orden establecido que daba a todos sus juguetes la oportunidad de ser queridos por igual.

Y pasaron los días y las estaciones. Y lo sabía porque de re-

pente tenía frío y usaba jersey y de momento ya no se encendía la chimenea porque hacía calor. Y... ¡anda! ¡Ya hay nísperos en el frutero! Y su abuela venía de visita con una sandía de su huerto y eso sólo podía significar una cosa.

Y era que Maripepa cumplía años cuando las sandías ya estaban buenas de comer.

—Pero bueno, Maripepa, ¡cómo has crecido!

Y la señal que hacían en el marco de la puerta cada día de su cumpleaños también lo decía. Estaba claro. Era definitivo. Había crecido. Aunque ella siempre esperaba que quizás, con un año más alcanzaría la señal de su hermano Periquín. Pero nada, nunca la alcanzaba.

Con la llegada de la abuela se salían todos al patio de la casa, donde se troceaba la sandía. Había para todos, pero nunca sobraba para mañana.

Era tradición que perpetuaba la abuela que con cada trozo de sandía que repartía, todo el que la recibía tenía que decir algo bueno sobre Maripepa. Algo que hubiera aprendido, alguna buena acción que la hubieran sorprendido haciendo, una buena nota de la escuela... Sólo había una norma, que eran varias pero a la vez la misma. No valía reírse de Maripepa, hacer comentarios negativos o mentir para así ofenderla.

Y así transcurrían las tardes de los cumpleaños de Maripepa, riendo, halagando y masticando sandía.

Y ocurrió una vez que llegó el frío, se cayeron las hojas, comieron castañas y después llegaron las fresas y más tarde las cerezas...

—Ya falta poco poco para la sandía —se decía para sí Maripepa.

Pero de repente... ¡llegaron los jínjoles!

—Aquí algo no cuadra. Dime aro, elástico, platillo, ¿qué está sucediendo? Trenzas, ¿para qué os quiero? Vosotras sostenéis mis pensamientos... Algo está pasando... ¿qué recuerdo he olvidado? alguna ofensa he cometido... ¡decidme cuál ha sido!

Y tanto se preocupó Maripepa, que ya ni a la calle salía. Pidió perdón a aro, elástico y platillo y los guardó en un cajón. Y se sentaba frente a su madre, que pasaba las tardes cosiendo y la miraba fijamente, con todo el cuerpo la miraba. Las trenzas sobre los hombros, las pecas enrojecidas, la sonrisa que ya no era tanta sonrisa porque los dientes no asomaban y el tronco inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en las rodillas.

Una tarde, dos, tres, veinte, hasta cuarenta y seis tardes insistió. Sin hablar, sólo interrogando con todo su cuerpo, que ya no era tan pequeño y ocupaba gran espacio en el salón.

Su madre cambiaba los respaldos, le temblaba el pulso al enhebrar y ya, en la tarde número cuarenta y seis, cuando cosió una manga a los bajos de un pantalón, se rindió y dijo todo seguido, casi sin respiración:

—Maripepa, la abuela murió. Ya no hay más sandías, ni piropos, eso se acabó.

Fue tal la rabia, la tristeza y la traición que sintió, que enrojecida, más de lo que nunca había estado, con sus pecas, cada una de ellas ardiendo como brasas en su mejillas, se fue al baño y con las tijeras que usaba su madre para arreglar el pescado, se cortó ambas trenzas de un solo tijeretazo.

—¡Adiós, ya no os quiero! Yo sola me encargaré de guardar mis recuerdos y no voy a almacenar tantas historias y pensamientos, que luego no sé ni en el día que vivo, ni en la estación que habito.

Y echó la cortina de su cuarto, para que el sol al alba no la viera durmiendo.

Y guardó, sin pedir perdón, en el fondo de un cajón al aro, al elástico y al platillo.

A todos los consideraba traidores, ninguno la avisó.

El sol siguió yendo al este y brillando desde allí cada mañana.

Sus trenzas no la perturbaron con pensamientos o ideas de pérdida.

El aro, el elástico y el platillo siguieron sus juegos, sin demostrar pizca de preocupación.

Y su madre, ¡ay, su madre! Que cosía más que nunca, ¡tan veloz como un rayo!

—¿Qué engaño es este? —se preguntaba Maripepa, llorando quedamente en un rincón de su habitación.

La muerte no avisa, eso ya lo sabía, que para algo ya no era una cría, pero para despedirse sí se avisa. ¡Hay que avisar! Que vaya con una rosa, con una lágrima o con un poema. Para despedirse sí que hay que avisar, se decía Maripepa.

—Igual que despido el tren cuando Periquín se va de la ciudad. Igual que despido a mi hermana Ana cuando viene de visita y regresa a su nuevo hogar. Igual que me despido del panadero, ¡hasta mañana Federico! O de mi amiga: ¡hasta luego Pilar!

Para despedirse hay que avisar, se decía Maripepa, una y otra vez.

Y así no se hubiera quedado sin trenzas o con aro, elástico y platillo abandonados en un cajón.

Si la hubieran dejado despedirse ahora Maripepa no sería como un círculo, como un círculo se sentía, así medio abierto, un círculo sin cerrar.

Este cuento se lo dedico a mis padres Consuelo y Vicente, a mi hermano Vicente, a mis hijos María, Miguel y Leonor, a mis grandes maestras Encarna y Leonor así como también a todas las personas que han pasado por mi vida. Y también, te lo dedico a tí, Miguel José.

PRINCESA DE LOS BOSQUES

MIGUEL JOSÉ CARBAJOSA

 uando miras al cielo en las noches de luna llena, el silencio se aleja de aquello que nos envuelve, las estrellas se van encendiendo poco a poco, en perfecto orden, la oscuridad que deja el sol en su viaje al otro lado, alumbrando a quienes esperan en su despertar.

Te sientas en un lugar apartado, recoges las manos sobre tus piernas, esperas que los pensamientos se escondan de su paseo por la mente, apoyas la cabeza sobre el muro de piedra, y descubres que la calma se sienta a tu lado, buscando la comodidad de todo tu cuerpo.

Las flores se van cerrando en su sueño nocturno, el viento en silencio deja que tu mirada comience a preguntar. Eres la que tanto me hablabas, la que no sabía parar de contar, la que quería ser el primera y única que tomara la palabra, la protagonista que terminaba cerrando la reunión mientras los demás la miraban sin entenderla comprendiendo que todo seguía igual, que nada cambiaba terminándose la escena en la correspondiente despedida.

En aquellos días todo eran dolores, la lluvia sin agua te empapaba de los pies a la cabeza, no podías ver y te costaba andar, entonces algo pasó en un segundo de tiempo, escuchabas aquello que siempre dejabas pasar, se hizo grande ante tu cuerpo, al verlo

te abrió los ojos y pudiste parar, acercaste las manos y se alejó de prisa, volviendo de nuevo a caminar lentamente observando sin entender.

El verde de las hojas paseó lentamente entre sus manos, eran pequeños seres los que se bajaban para recorrer la piel entre los dedos, andaban, corrían, jugaban mientras tarareaban una canción, una melodía que te hizo cerrar los ojos llevándote lejos de allí.

La piel se adormecía, quedaba tranquila en el olor de la noche, descubrías que algo nuevo se acercaba, no podías comprender, no era un lenguaje pues no había diálogo, desconocido para tu mente, como si viniera volando y paseara por tus labios contando un mensaje en la distancia de un lado a otro sin traducir ese idioma que no podías buscar en los diccionarios.

La noche avanza toda iluminada, encuentras los rincones oscuros y ves siluetas que caminan lentamente dejando sombras diferentes, nubes que juntan el algodón en sus viajes para sujetar las pequeñas gotas esperando volar. Todo, claro, bajo la redondez de una gran luz.

Empiezas a rezar sin saber que no son oraciones, no es a un Dios de tu infancia, no sientes que te escuchan, solo puedes entornar las palabras en un esperar diferente, es el momento en que tu ser encuentra el deseo que llevas dentro de un corazón que te quiere.

Viajas por los prados, lugares que se abren para tus pasos, escenarios que te van regalando historias no contadas, deseos perdidos, lágrimas que fueron regando el suelo de dolores sembrando todo aquello que nace ante tus ojos, misterios que se guardan en donde nadie los copia y se esconden para seguir un camino diferente.

Te sientas en la tierra y calmas tu caminar, tu cuerpo descansa de nuevo y miras todo el lugar, el silencio que va dejándote recorrer el dibujo que alguien podría pintar, mirando la pantalla que contempla tu tranquilidad en esa espera de aquella oscuridad.

Al levantarte descubres el dolor de tus pies adormecidos, los miras con cariño acariciándolos con tus manos esperando que la sangre vuelva a tus venas rellenando sus pequeños ríos, esos caudales silenciosos que descubres bajo tu piel, comienzas a caminar en tu paso a paso, descubres esa nueva altura que te acerca más el cielo a tu cabeza, el pelo se mueve sin esperar a que tus manos lo sujete, el corazón sigue dentro de tu piel en la emoción de volver a viajar, el dolor se esconde y las hojas verdes escuchan tu nuevo caminar.

Las nubes dibujan figuras ante tus ojos, son elefantes sujetándose por la cola, son dromedarios que reciben su joroba, son leones con su majestuosa cola, cola que se pierde en una bocanada de viento y se convierte en una serpiente, y después se juntan a otra de las nubes formando la bruja con su escoba en ese sueño en que permaneces dormida.

Mojada en tu caminar escuchas el resbalar de las gotas por toda tu piel, es una llovizna del cielo, la luna se esconde para hacerte despertar, aunque sigues dormida en el frescor de tu sencillez, piensas que te cansas, que ya no quieres caminar y vuelves a encontrar aquellos rostros que se marcharon con ella, ahí, entre las estrellas, cercanas algunas, lejanas las otras, encendidas todas en la pizarra que crees descifrar, aunque ahora son las nubes quienes cubren todo el mantel.

La luna se volvió a encender para que le pudieras hablar, que tus palabras no importan, que los recuerdos se deshacen, que aquella mente que te educaba es ahora polvo, arena del campo, nada en el vacío, un vacío que rellena tu cuerpo junto a ese alma que espera.

Te envuelves en una nueva hora, el reloj no te engaña, aunque sabes que el tiempo no existe, pero vives en él, te cubres la cara y te dejas llorar, tus ojos brillan y el rostro enciende el calor, el olor, el sabor, el pecho se inunda de penas y la angustia se acomoda enredando tu piel, los dedos que señalan se paran y tus pies vuelven

a caminar en una pisada despierta, encontrando el camino de la libertad sin saber que la buscabas.

Confías que todo está en su lugar, el resplandor espera iluminando las flores dormidas, el día empezará calentando la tierra que recoge las raíces guardadas. Un trabajo que nadie dirige, que nadie contempla, que contiene una organización perfecta que hace nacer, crecer y morir para de nuevo, nacer.

Ay, vieja luna, cuantas veces paseabas entre tus sueños dejándote iluminar cada escena, noches que la esperabas salir de entre las nubes, que cubrían tu blancura para seguir disfrutando de tu claridad, cuántos mensajes escribías con tus manos en la almohada esperándote para dormir, cuántas preguntas surgían sin poderlas sujetar.

No hay descanso en tu caminar, sabes que hay un lugar que te espera y no se esconde, te escucha y no lo ves, siente que lo sabes en la certeza de tu tranquilidad, pero tus dudas acompañan tu viaje, buscas la seguridad de un tesoro que tenías y aparecerá, lo sientes por dentro pero no lo oyes. Algo nació contigo para emprender el mismo viaje que tu comenzáste, llegarás tarde o temprano porque juntos estaréis en el gran despertar.

Mírate, princesa de los bosques, escucha cómo piensan tus labios, descubre que el reino está aquí, que tu rey te espera despierto, sigue en tu traje real con tus pasos diseñando la nueva estrella que siempre ha estado encendida, sigue subiendo y no te perderás, llegarás muy pronto a donde no sabías para que tu luz nunca se apague.

Déjate llevar por el viento, te cambia el final y ayuda desde su horizonte a que sigas en tu noche, esa noche que dibujaste más allá de las estrellas, en esa pared que ahora no puedes tocar, con esos dedos que ahora cuentan aquello que dejaron volar.

Es ahora cuando empieza tu cuento, al abrirlo aparece la explanada con sus carrozas enganchadas a sus caballos, fuentes bañándose en su agua, la escalera que sube a la gran puerta, peldaños

con alfombras de colores, torres altas escuchando el viento al pasar, pasillos con antorchas indicando los lugares donde dejaste tus pasos, puertas que se abren de par en par para desfilas por los salones donde saboreas bellos mensajes que vuelven de nuevo a tus ojos.

Descubres el camino andado, sabes que la luna te protegía, que todo era un sueño y que desde aquella locura viviste aquello que habías escrito en tu cuaderno de colores, colores que te gustaron y que ahora dejas en sus hojas pintadas aquellas notas que pudiste guardar para volver a cantar esa canción que hace llorar.

Te sientas y escuchas, miras y tus ojos vuelven a brillar, te dejas caer en el sillón que te espera en el cariño que siempre te cuida, en la piel que se acomoda en el silencio con tus manos descansadas, recuerda que fue la luna quien te mostró aquella escena:

Una niña que escribe en la pizarra, subida en una banqueta de tres patas, con una tiza blanca en sus manos, pintaba tranquila la enseñanza de su maestra, sus ojos seguían el recorrido de la tiza en los números y símbolos que tapaba bajo sus dedos sin escuchar los sonidos que aquella lección dejaba en la altura de su pensamiento y en sus firmes pies para no caerse.

Una voz le decía que hablara un poco más alto pues su rostro se apagaba ante la tiza que se hacía más chiquita, siguiendo en diferentes líneas lo estudiado en aquel rincón desde donde la lección va llegando a su fin.

Momento en que se acercó la maestra para sujetarla al bajar, descubriendo que alguna cosa no parecía entender y completando aquella escena que de nuevo vuelve a su pizarra, esa oscuridad que se fue iluminando en los trazos de una tiza blanca.

Toda la clase en silencio seguía sus pasos, algunos miraban a otro lado, los demás lo entendían descubriendo el saber que compartían en la lección que acababan de terminar, palabras escondidas entre los números y significados que quedaron en el centro de aquella pizarra colgada.

El recreo abría las puertas de par en par, su amiga la esperaba con sus manos sonrientes al juego de un escenario que la maestra miraba descubriendo cómo su quehacer ya estaba bien guardado, una nueva experiencia de su joven alumna en esta escuela que es la vida.

Ya queda poco, pues tu historia llega a su final, sentada en la comodidad de haber llegado a donde querías volver, sabiendo que vuelves a comenzar limpiando los cristales oscuros de las gafas que te acompañaron en un camino desierto, en prados y silencios que ahora enciende la luz en la belleza que ahora descubre el reino que habías dejado atrás.

Tu lugar donde poder abrazar a la reina que dentro de ti esperó paciente, mirarla en la profundidad de sus ojos con la seguridad de haber paseado por aquellos parajes aprendiendo la lección, descansas en tus ojos profundos junto a una luna que nunca te abandonó y en su cara sonriente, descubres el gran amor que guardabas en ese volver a nacer a quien realmente eres y siempre serás.

Y colorín colorado, este cuento lo he terminado. Gracias, gracias, gracias.

TRES CAJITAS DE LATÓN Y UNA DE MARFIL

INMA DOMENECH

Esto era una niña que volvía con una cajita en las manos. La cajita no se veía; estaba envuelta con unas servilletas de cuadros blancos y rojos. Las dos servilletas que servían de envoltorio estaban muy apretadas y muy bien fijadas a la cajita cuando su madre le entregó el paquete, pero la niña ya llevaba un tiempo andando con ella, por unos caminos a veces planos, a veces inclinados, y el propio manoseo había dejado muy sueltas las servilletas de forma que podía intuir lo que había envuelto.

«En el camino sucederán cosas», pensó ella. Y entonces estuvo atenta. Al camino, a la cajita misteriosa y a los ruidos del camino. La acompañaron unas moscas negras y muy gordas durante una parte del trayecto.

—¿Qué os parece, hermanas moscas? ¿Cómo vamos a dejar solita a esta niña por el camino?

Y se pusieron a acompañarla. A la niña le pareció bien aquella compañía. Pero andando el tiempo, las moscas golosas quisieron posarse encima de la cajita y ser transportadas. A la niña no le pareció ni bien ni mal, pero cuando llevaban un rato y vio que las moscas querían ver el contenido de la cajita, les dio esquinazo.

Pasado un tiempo, cuando el recuerdo de las moscas se había quedado tan diminuto como la sombra de una pestaña, la niña se

encontró con que tenía los pies tan doloridos que le habían salido ampollas. Entonces fue a buscar ayuda.

En realidad estaba perdida. Sabía que había dejado su casa atrás, y la casa de la abuela aún más atrás, y que la cajita iba para la casa de su tía, que vivía al otro lado del bosque.

Esta tía no era ni su favorita ni estaba tan impedida como para no ir ella a por la cajita de latón que le había dado su madre. Así que la niña pensó que por tardar un poco más y desviarse del camino no iba a pasar nada. Absolutamente nada.

La niña llegó a unas casas perdidas en el bosque que también parecían estar hechas de latón o de hojalata y pasó de largo. Pero los pies no le podían doler más y tanteó un poco: «Si sigo caminando hasta la casa de mi tía y ella ni siquiera me deja que me siente, o no me deja pasar la noche, me arrepentiré tanto de haberle llevado esto que podría enfadarme muchísimo. Pero si me paro a buscar ayuda, quizás pierda mucho tiempo. Quizás la consiga o quizás no o... quizás pueda ser mi tía la que me ayude».

Estaba tardando mucho en decidirse, la tarde fue cayendo y ella se vio en mitad del camino, con la cajita y con las servilletas, y sus pies doloridos. Así que no lo pensó mucho y se quedó dormida ahí mismo. En el bosque.

En mitad de la noche, un jabalí la sorprendió y, presa del pánico, echó a correr sin rumbo. No quería volver a las casas del bosque, pero se encontró con uno de sus habitantes en el camino. Este le invitó a ir a su casa y buscar al curandero más cercano.

No había más que un pastor que sabía mucho de curar a las ovejas. La niña agradeció la ayuda. El pastor la invitó a que se quedara en su casa mientras aún estaba reciente la venda que le había puesto para tapar las ampollas. La niña sintió que se iba a aburrir mucho en esa casa tan pobre, sin poder andar por un rato... Pero, entonces, el pastor la dejó en un saloncito y el saloncito era tan humilde que los ratones que había se estaban entreteniendo mucho

buscando comida. La niña se sentó sobre una piel de oveja muy mullida y se entretuvo un buen rato viendo cómo los ratones se afanaban en buscar comida y guardarla en la ratonera. Y, cuando consideró que ya estaba bien, reemprendió su camino.

Con más cuidado fue caminando a buen paso hasta que hizo una parada para comer un poco. Pero, ¿dónde comer? Pensó en abrir la cajita para ver su interior por si había algún dulce rico, pero se dijo que estaría feo llegar a la casa de la tita con un regalo ya abierto. Así que aguantó el hambre, buscó un arroyito donde beber un poco y siguió su camino.

Afortunadamente, faltaba menos tiempo del que ella creía y más pronto que tarde llegó a la casa de la tita, que en ese momento estaba barriendo la casa. Cuando la tita vio a la niña, justo en ese momento se encontró una monedita que había en el suelo y se la regaló. Se alegró por el regalo de la cajita de latón, hizo la comida y comieron y luego se fueron a acostarse juntas en la cama de la tita: una gran cama con las sábanas limpiísimas y blanquísimas. A los pies de la cama había un arca, y en un lateral, un gran armario con toda la ropa de la tita. Todo parecía muy limpio, como si no viviera nadie allí, de lo limpio e impecable que estaba. La niña, cuando vio que ya la tita iba a sentarse a leer un libro, entendió que era hora de volver a su casa.

Esta vez llevaba mejor aprendido el camino. Y también, que la tita había avisado a unas vecinas para que la acompañaran un trecho del camino. Las vecinas eran en realidad hombres vestidos con ropa de mujer y peinados como si fueran mujeres. La acompañaron un poco pero luego se fueron a sus cosas, y ella siguió.

Cuando llegó a su casa, su madre le preguntó qué era lo que más miedo le había dado y ella le dijo que nada, pero que le había dado mucho asco el contenido de la cajita.

—Vaya, pues es una pena, porque tengo otra para que se la lleves a la otra tía.

La otra tía era hermana de su padre. Y esta vez no tenía que cruzar un bosque de caminos empedrados y en cuesta. Ni siquiera había servilletas rojas y blancas, sino verdes y blancas. Y esta vez, la cajita pesaba mucho más. Pero no iba a ir sola. Iba con su padre y en el burro de este una parte del camino, hasta un pueblito cerca del mar. Luego su padre seguiría su camino y ella llegaría hasta la casa de la tía.

El viaje con su padre fue más cómodo que ir sola, pero un poco más aburrido. Lo único que pasó fue que el burro tropezó con una piedra y casi se cayó. ¡Se llevaron un buen susto! En el camino, ya cerca del pueblo, pararon en una venta a comer algo y allí ella se dio cuenta de que a su padre lo conocían todos y también se dio cuenta de que todos los de la venta sólo tenían del tronco para arriba, nadie tenía piernas. La niña no quiso comer nada en ese sitio y se excusó diciendo que tenía que ir al aseo, y una vez allí, casi se escapa por la ventanilla, pero le dio miedo y salió otra vez al salón.

Cuando llegó a casa de la tía, le dio la cajita de las servilletas blancas y verdes, y allí se quedó con ella. Comieron pescado muy rico y luego jugaron a las cartas toda la tarde. La brisa marina era muy agradable, pero cuando empezó un fuerte viento a azotar los cristales, la niña vio que su tiempo allí había concluido.

Volvió a su casa encaminada por un pescador que la quiso acompañar un rato por el camino, pero ella estaba muy incómoda por el olor tan fuerte a pescado que llevaba, así que le dio las gracias y se fue corriendo como pudo.

Llegó a su casa y su madre le preguntó que dónde había dejado al padre, porque el padre no había vuelto. Entonces ella sintió que no podía mantenerse en pie, se le nubló la vista y le entró tal agotamiento que cayó al suelo como si estuviera muerta. Pasó así mucho tiempo. En una cama que no era ni muy grande ni muy pequeña, en una habitación limpia y sencilla, sin comer, ni beber, ni oler, y sin jugar, bailar, ni moverse. La madre seguía haciendo las

cosas de la casa, y entonces vino la abuela para quedarse allí, a su lado, hasta que ella despertara.

Despertó el día que se coló en la casa una rana con las patas muy largas y ágiles, y la despertó de un golpe seco en los pies, y luego saltó sobre su barriga y luego se plantó cerca de su oreja. Era una rana muy grande, muy vigorosa, de color verde y blanco, con una piel tersa y brillante.

La niña se despertó, ya no tan niña, y cogió la rana para llevársela a la charca y de paso ver lo que había por allí. Le atraía tanto ese verde brillante que deseó no volver más a la casa de su madre y quedarse en otra, cerca de las ranas.

La charca era una pura fantasía de estanque. Había sapos gordos, ranas ágiles y grandes, quietas mucho tiempo y luego saltarinas mucho tiempo. Había infinidad de mosquitos que desaparecían en las lenguas de los batracios y había musgo por todas partes. Todo era tan resbaladizo. Toda la vegetación era frondosa y acuosa, escurridiza. Ella tenía que tener mucho cuidado para no resbalarse, porque era muy difícil encontrar el equilibrio... Cuando estuvo allí un rato y le entró hambre, volvió a casa de su madre.

Le contó lo que había visto y, al día siguiente, la madre le dio la sorpresa de llevarla a dar un paseo en barca por un lago que había cerca. Era un sitio espectacular y la niña se preguntaba cómo, habiendo un sitio así tan cerca, la madre no la había llevado antes.

La madre le pidió disculpas y le dijo que para compensarla le dejaba hacer todo lo que quisiera ese día, aunque estuviera ella delante. Que ya no tendría que esconderse para hacer cosas divertidas. Entonces se sumergió en el lago azul y el agua la envolvió durante horas y horas. Y estuvo buceando cerca de los peces, y el lago se le quedó pequeño. Y se lo dijo a la madre. Al poco tiempo, la madre le dio dinero y ella se fue a buscar un barco al mar. Pero cuando iba a subirse, le entró nostalgia por el lago, lo dudó un

poco, y finalmente, como la madre la estaba ya despidiendo agitando el pañuelito en la mano, se subió al barco.

El mar, una vez en él, no era tan divertido. Pasó días en que solo veía azul por arriba y azul por abajo, y azul alrededor. Pero no era el azul del lago, tan fuerte, un azul compacto. El del mar era inconsistente y empalagoso. No había solo líquido; lo sólido era pringoso por la humedad. La sal era rugosa y dejaba la madera hecha astillas. El barco crujió.

Ella no quería participar en nada del barco y solo se dejaba balancear por el vaivén de las olas. El vaivén de las olas y la puesta de sol la mantenían ocupada. Las maromas le parecían enormes e imposibles de manejar, los marineros eran soldados del mar, y la navegación era un arte ajeno a ella. Vaivén de las olas fueron los días del barco.

Hasta que llegó a un puerto. Se bajó del barco muy deprisa y se quedó primero viendo los puestos del puerto: las tabernas, los puestos de baratijas, la descarga de los pesqueros y de los barcos más grandes que llevaban mercancías de todo tipo. La chica sabía que allí había muchas cosas que podía hacer, y que tenía que hacer algo porque ya estaba fuera de casa, lejos y sin dinero.

Empezó por trabajar en una taberna. Luego encontró un escriba que la acogió como ayudante. Y también resultó que en esa ciudad había espectáculos en la calle y se dispuso a disfrutar de ellos cuando se los encontrara. Conoció compañías y espectáculos de malabares que le alegraron los días. Y también conoció a un chico que la engañó y le robó. Le robó el dinero que a ella tanto le había costado conseguir.

Entonces se acordó de las cajitas que su madre le había hecho llevar a las casas de las tías. Y pensó en hacerse con una propia. Fue a buscar en las tiendas y solo vio una que le gustó. Era de marfil, labrada con muchos adornos: relieves de elefantes, riquezas indias, gente con turbantes... y ahí pensó que era buena idea dejar su dinerito.

Le gustó tanto que al día siguiente volvió a la misma tienda, esta vez para seguir recreándose en las telas fucsias, esmeraldas, turquesas, amarillas. Los vestidos con colgantes, con monedas bordadas, las telas suaves y ligeras, flexibles y brillantes. Se enamoró de los libros tan ricamente ilustrados, y de sus temas. De los cuentos, de las estrellas, de los cafés para sentarse a hablar. Se enamoró de su forma de hablar, de compartir el tiempo. Y se quedó allí varios años, hasta que vio la oportunidad de volver en otro barco.

Se montó en el barco de vuelta, y con muchas ganas de llegar a su casa. Pero cuando llegó, la vio tan pequeña y a su madre tan viejecita, que solo se le ocurrió olvidarse de todo, guardarlo en una cajita en su corazón, y cuidarla. Pero la madre no quería eso y, cuando llegó el primer carro que vendía leche por el pueblo, acordó con el lechero que su hija se fuera con él.

Ella no dijo que sí ni que no, pero cuando vio la vida que le esperaba con el lechero, que era de mucho trabajar y callar, se bajó del carro y siguió un rato andando.

Corriendo fue a ver la charca donde estaban las ranas brillantes de su infancia y no las vio. Solo había renacuajos en esa época. Y así, se encontró en el bosque, de nuevo, esta vez sin cajita, y conociendo mejor los caminos de los pueblos. Volvió a la casa de la tita y vio que la cama grande de la infancia se había quedado con la forma de la tía soltera. Que la dejó dormir un par de noches y luego le dijo que se tenía que ir. Que si quería le presentaba a sus vecinos que estaban igual que ella, pero a ella no le gustaba el pueblo ni quería quedarse a vivir donde estaba la tía. Se despidió de ella y se echó a caminar.

Pero, en realidad, le gustaba TANTO el pueblo, que se fue al otro extremo. A hacer allí su vida. A hacer lo mismo que había hecho en el pueblo con mar. Y fue entretenido, y ganó dinerito. Pero, una tarde, viendo los cargueros llenos de pulpos y de peces muy grandes, se dijo que ella podría hacer algo así también.

Se embarcó y fue tripulación de un barco gigantesco. Como tenía experiencia en mar y no se mareaba, estuvo trabajando muy duro. Ya no le salían grietas en las manos ni le asqueaban las incomodidades del barco. Este barco era muy seguro. Y allí se hizo amiga de los jefes y fue también ella jefa. Llegaban a un sitio y ella enseguida sabía cómo vender la mercancía y era a sitios de lujo, donde luego cenaban y jugaban. Viajaba y viajaba, y aprendió a negociar cada vez mejor. Y cada vez traían más productos y de más calidad y ella estaba satisfecha con eso.

Hasta que se le ocurrió bajar a donde estaban limpiando y vio que en ese barco había también mucha miseria y suciedad. Y cuando pudo, cogió todo el dinero que había ganado en esos años de barco de lujo, y se fue a tierra firme.

Allí se encontró un día con una viejecita que había sido amiga de su abuela y que la invitó a merendar. Le contó su vida y la viejecita le dio otra cajita de latón. Esta vez, la abrió para que viera su interior: eran pastelitos muy ricos. Entonces ella pensó en procurarse un sitio donde poder cocinar también. Una casa con un fuego muy potente. Con una despensa bien grande para tener a mano todo lo que pudiera necesitar y un pequeño huertecito de donde poder coger limones o sentarse a la sombra de un peral.

Conoció al carnicero del pueblo, y le gustó y se casó con él. Juntos tuvieron tres hijos y el huerto tan bonito se llenó de gallinas y, alguna que otra vez, un cerdito. Al principio, lo del cerdito era gracioso y a los niños les gustaba. Pero, conforme fue creciendo, el cerdito y su presencia invadieron el huertecito.

La chica y el carnicero empezaron a discutir y los niños pasaban tiempo un poco desatendidos. Un día, uno de los niños se cayó de un árbol y se hizo mucho daño. Entonces, la mamá ya no volvió a discutir más con el carnicero. Sabía que si le pedía que matara al cerdo, él lo iba a hacer. Lo hizo. Ojalá se lo hubiera dicho antes, porque aunque ya no estaba el animal, su olor se había quedado

impregnado en el huerto. El árbol donde se cayó su hijo seguía teniendo la marca de su raspón y, pisara donde pisara, iba quitando huellas de pezuñas.

La chica, ya no tan chica, se metió en la cocina a cocinar y venga cocinar. Y de tanto tiempo que pasó allí, le salieron unos platos sabrosísimos. Las moscas aquellas que la querían importunar, sus nietas, volvieron a posarse en su caldero y al asomarse, se quedaron contemplando un rato, quietas, en silencio, y luego salieron por la ventana.

Todos los ingredientes que había conocido a través de sus viajes los iba incorporando en sus guisos. Al cocinero le pedía los mejores cortes de carne. A sus hijos les enseñó a cocinar; nunca más los volvió a desatender. Les pidió ayuda para que llevaran esas comidas a las tías, cada una en un sitio. Y ellas, al sentarse a comer, recordaron a la niña que un día les llevó una cajita envuelta en unas servilletas, cada una con unas recetas que solo ellas conocían, y que la niña nunca leyó.

Hizo sus propias recetas. Si ganó mucho o poco dinero no lo sabemos, porque a mí solo me dieron unos zapatos de mantequilla que se derritieron por el camino.

FIN

*A Saturno, con amor.
Por todas nuestras relaciones.*

DE PLATA, MÚSICA Y MENTA

NURIA VILA SÁNCHEZ

Era pequeña, pero no le importó. Un Ángel y el Cielo entero la habían traído hasta aquí con ímpetu, canción y la sombra de un peligro acechando. Era un comienzo que no se podía defraudar.

La marca brillante la señalaba en los ojos como de la familia de las estrellas y un cabello, sólo uno, crecía plateado en su melena prodigiosa e indómita. Unas alas de filigrana luminosa adornaban su espalda... no sólo adornaban: batían, volaban, esparcían alegría.

El consejo cuando la vio dio su sentencia:

—Demasiados dones, no se puede, es peligroso, la encontrarán. Es preciso mutilar.

Aquello partió el corazón a muchos, no podía truncarse lo que con tanto amor y esperanza se tejió.

Algunos se quedaron paralizados, otros, los más, creyéndose impotentes, huyeron, alguna peregrinó en busca de salvación allende los confines del mundo conocido, rendirse no era una opción.

Una voz desde la sombra trajo la respuesta: Un hechizo de invisibilidad caería sobre ella como un manto.

La Magia la protegería, sí, pero había un precio: Las marcas de su estirpe y su destino serían apagadas. Quedaría velado para ella su origen y su poder.

—¡Nooooo! —sonó el grito desolado de derrota.

Era irremediable y así lo aceptaron, velarían por ella.

Pero el hada de la sombra no era movida por la crueldad, aunque se confundiera, y puso en secreto un regalo en el interior del pecho de la niña.

Lo iba a necesitar.

Y así creció, brillante en todo pero desconocedora de su excelencia, esquivando los desafíos por miedo a fracasar y esperando, sin conseguirlo, a que aparecieran los gnomos.

Definitivamente la magia había quedado al otro lado.

Y estos hechos, que nunca debieron caer en el olvido, quedaron enterrados por una cotidianidad alegre, unos días apacibles y seguros de juegos, risas y música.

Ella era la Princesita Libertaria, él se iba a «sus combates». Era el más listo, el más guapo, el más alto.

Todos la querían, la miraban, la mimaban y era todo taaaan fácil que no crecía. No se notaba, pero no crecía.

Un día en el patio lo sintió, se hizo tan, tan, tan pequeña, que notó un bulto en el pecho, una opresión. Y quiso quitárselo. Con la mano atravesó su carne y lo agarró y ¡chin! en un batir de alas estaba fuera. Era una piedra preciosa, irisada, con muchas facetas.

Se miró en una y... ¡Aah! se hizo invisible. Se miró en otra y... empezó a elevarse más y más y un poco más todavía... le dio tanto miedo que cerró los ojos y se precipitó hacia el suelo, ilesa, eso sí.

Pero sintió un peligro chirriar en sus oídos; una oscuridad densa, triste, fría se cernía... ¿la habían encontrado?

Atravesada por el pavor quiso que desapareciera y se tragó inmediatamente la piedra, corriendo la guardó en sus profundidades... y la vida siguió como si nada hubiera ocurrido, con la sombra del miedo siempre al acecho y dolor de garganta perpetuo.

Nadie supo, pero la estaban buscando, a veces casi la rozaban... ese esqueleto que se acercaba traqueteando a su cama mientras ella ardía en fuego.

Los años pasaban y el manto invisible funcionaba, se libraba siempre por los pelos, sin saberlo.

En las brumas de la inconsciencia, en los algodones de la infancia, en los barrotes invisibles de la razón crecía sin crecer bajo el ala protectora. Se libraba siempre, hasta que no se libró.

La niña dio paso a la joven y seguía teniendo avidez de aventura, inquietud de saber.

Un buen día se encontró con una ráfaga de viento que se en-sortijó juguetona en su melena espesa y se fue con ella sin pensar, o pensando, pero se fue.

—¿Dónde vas? —le preguntó la joven a la ráfaga.

—Ah, no lo sé, donde me place en cada momento, siempre que el viento acompañe, claro —le contestó orgullosa.

—Y tú ¿por qué me cabalgas en lugar de desplegar tus alas?

—¿Mis alas? ¿Qué alas? —decía la chica riendo, sin escuchar.

Viajaron erráticas durante años, o eso le parecía a ella, pero a pesar de que volaba sentía un peso que siempre volvía, o que no se iba.

Por el camino se encontró con un duende del parque, con un cascabel que siempre tintineaba alegre la nota precisa, un gigante cascarrabias idealista y soñador, un humano raro que pensaba siempre un poco más allá... y la familia fue creciendo mientras ella esparcía sus encantos, compartía sus secretillos, brillaba como luz vaporosa en la oscuridad embelesando, encantando, cantando.

Y lo encontró a él. Una noche en el submundo sus ojos se encontraron, el dragón rugió y lo supo. Supo que era inevitable y no trató de resistirse.

Ella se había forjado una reputación de misteriosa, de embaucadora, de poderosa, de trofeo. Pero lo que le dio nada, nada, tenía que ver con eso.

Con el más bello hilo de su música creó una flor, hermosa, delicada, de perfume sublime y como una ofrenda se la entregó.

Y él la aceptó emocionado, sin agradecer, ensimismado en su necesidad.

Resultó ser un regalo envenenado que fue sembrando ponzoña en sus corazones, desterrando a cada paso la inocencia, la ilusión, arrasando la bondad que les habitaba... trayendo la oportunidad de ver, pero tan envuelta en dolor que el único fruto aparente fue un muerto.

Aparente. Y las apariencias engañan.

Y entonces, cuando parecía no haber nada más hondo, entonces, llegó La Muerte.

El hada que antaño extendió su manto había llegado a su fin. Un fin agri dulce e incomprensible. Y dejó vía libre para que la sombra, que hasta entonces había logrado esquivar, se abatiera sobre ella, para que las tinieblas la cercaran y la escisión le escondiera el sueño. Se dejó doblegar hasta una humillación insospechada, insostenible, inconfesable...

Un brillo de esperanza prendía en su pecho... no, no era esperanza, era rabia, era fuego, el suficiente para no rendirse, pero no para aguantar mucho tiempo... el suficiente para que llegara alguna ayuda.

Era preciso que llegara.

Un caballero andante, un bufón, un oso tierno se presentó tenaz y ofreció su espada. Providencial.

Ella presentó batalla y venció. Fue taaaan agradable cuando su música volvió a sonar entera... se le reían los huesos y le brillaba el pelo.

¡Diosss! Después de un combate: sabiduría, experiencia y ganas de comerse el mundo.

Parece que un poco sí había crecido y su protectora le susurraba cosas al oído, tal como prometió.

Era tiempo de dejar esa tierra, como cuando la abandonaron los elfos.

De la mano de Carpanta, toda ella fuego, del que alumbraba y del que quema, viajó, amó, jugó, descubrió lenguas del norte y del sur... y llegó a donde no habría ido sola. La estaban esperando.

Tan antigua la tierra y sus pobladores, cálida, de raigambre ajena y familiar a la vez. Forastera siempre. En casa.

Él y todos los demás, los que estaban y los que no, la esperaban. La había llamado por el aire... porque él también era mago.

De otra vida se querían y los dos lo sabían.

Había gitanos que cantaban, no a Lorca, claro.

Siempre la ilusión de hacer el mundo mejor, agua caliente que brotaba de la tierra y manos que moldeaban barro y paja con el mismo amor, la misma ternura con la que acariciaban su piel. Y la mirada alegre de sus ojos de gato. Y la promesa de enseñarle a hablar con la materia. Y el amor sincero, hondo, ronco del averno, que abrazaba, que contenía, que admiraba y se maravillaba.

¡¡ Y resultó que también sabía volar!!

Recorrieron el camino rápido porque ya se lo sabían, sin renunciar nunca a la sorpresa.

Y nació su primer hijo, sol amarillo brillante, en el vórtice donde convergían tres orientaciones y la opacidad, transformándola para siempre.

El segundo, calma y silencio, hoja verde fresca del bosque nació tres años después en el mismo punto exacto, esta vez eran tres orientaciones y la abertura. Qué distinto y que igual.

Fueron años de dicha y fuerza, de mucha soledad acompañada. Muchas gestaciones, la mayoría veladas... ¿y las alas? Guardadas. ¿Y la estrella? Atenuada. ¿Y el cabello plateado? Cortado.

Hubo indicios, claro, pero la vertiginosa cotidianidad, el ruido du combat ordinaire los silenciaba todos. ¿Todos? No, en una aldea de irreductibles galos resistía ahora y siempre al invasor. Pero ahí estaba el jodío, queriendo invadir.

Ilusiones perdidas y esperanzas, comienzos y vínculos inquebrantables y lazos rotos también, claro.

Y llegó el otoño a su corazón y enfermó de frío, ¡¡hasta en el pelo tenía frío!! La escarcha invadió su casa y una estufa de butano no era suficiente para calentar la mundanalidad.

Menos mal que siempre alguien conspira, alguien exhala un aliento benéfico, una mano, una luz.

Y volvió a sonar la música.

Se hizo primavera en septiembre y todo comenzó por donde lo había dejado.

Un día una viejita la reconoció, siempre había visto su estrella y el run run del batir de alas ya era ineludible.

El tercer alumbramiento, serpiente del cielo, dio luz también a ese misterio y la magia ya no pudo ocultarse más a sus ojos, pero ¿qué digo? Si no hacían falta ojos para eso.

Salió al cosmos y lo gritó a los cuatro vientos, se desperezó fuera del cuerpo entumecido y creció con ganas.

Un día encontró una pepita de plata brillante y se la prendió en la frente.

Ahora tenía una magia poderosa que no dudaría en usar cuando hiciese falta. Y un ejército de caminantes de las estrellas la acompañaba siempre. Ahora lo sabía.

Y colorín colorado, este cuento ha empezado.

*A mis padres por permitirme ser yo misma siempre.
A Manel por meterme en este lío
y a todas las florecillas que han ido creciendo a mi lado.*

LA FLORECILLA QUE APRENDIÓ A MECERSE CON LA BRISA

LAURA CÁCERES

na mañana de verano, nació una florecilla al borde de un camino de tierra en la parte más alta de un pueblo pequeño. Era una florecilla con pétalos suaves y delicados de colores llamativos.

Creció rodeada de todo tipo de plantas. Había amapolas, margaritas, algunas espigas y también bastantes cardos.

El cielo casi siempre era azul y desde allí se veían las montañas. Por ese camino había mucho tránsito. Por las noches pasaban conejillos saltarines y algún ratoncillo. En las horas de más sol, las lagartijas se despertaban y daban un paseo por el borde del camino. Todos al pasar saludaban a la florecilla y ella devolvía el saludo.

A la florecilla le encantaba pasar las horas observando el movimiento a su alrededor.

Disfrutaba mucho de los rayos de sol que le calentaban las hojas en las mañanas de invierno y también la brisa fresca después de una tormenta de verano.

A veces la brisa hacía que todas las flores del borde del camino bailaran, meciéndose unas junto a otras.

Desde muy pequeña, a la florecilla esto le parecía bastante incomodo e intentaba escabullirse.

Un día, estaba la florecilla disfrutando del viento fresco y el

ajetreo del camino como cada día, cuando de repente la hoja de una amapola cercana, impulsada por la brisa, le rozó el tallo y le dijo:

—¡Eh! ¡Hola!

La florecilla le respondió al saludo, pero se sintió súper extraña.

Nunca antes se habían dirigido a ella rozándole el tallo con cariño.

Siempre había pensado que las flores estaban destinadas a vivir unas cerca de otras saludándose y ayudándose, pero viviendo su propia vida en soledad.

Era la primera vez que la florecilla se sentía acompañada aun viviendo desde siempre en un lugar con tantas otras plantas y animales.

Al día siguiente, la amapola aprovechó otra ligera brisa para volver a saludar a la florecilla. Ese día la florecilla se sintió más relajada y le devolvió el saludo con una ligera inclinación.

Pasaron los días y le fue tomando el gustillo. Poco a poco fue aprendiendo a utilizar sus hojillas para demostrar su cariño a los demás y, al saludo de su amiga amapola, se fueron uniendo los gestos de cariño del resto de habitantes del borde del camino y de los animalillos que pasaban.

El conejillo solo le hacía un ademán con las orejas cuando pasaba; la espiga a veces le chistaba cuando la veía seria; la amapola seguía, como siempre, aprovechando cualquier brisa para darle un abrazo.

Con el paso del tiempo a la florecilla ya no le parecía incómodo que las otras flores quisieran abrazarla, es más, era ella muchas veces la que aprovechaba alguna brisa fresca de verano para saludar.

Un día soleado de primavera pasó la lagartija, que hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. Saludó a la florecilla y mirándola muy fijamente, le dijo:

—Te veo muy diferente, tú de pequeña no eras así.

La florecilla miró a la lagartija y, después de un momento de reflexión, simplemente sonrió y aprovechó la brisa para mecerse con el resto, como ya era costumbre.

FIN

A todas las luciérnagas que han alumbrado mi camino

LA VIDA SABE

CECILIA ALONSO OCHOA



hí estaba, a veces venía y otras iba, en verdad nadie sabía si llegaba o estaba ya, da igual el caso es que cuando notabas que todo brillaba más, la brisa olía a polvitos de hada y veías aroma de chocolate, ¿¿¿no sé si era así exactamente o si olía a chocolate veías los polvitos de hadas y sentías la brisa???

Empezaré por el principio, ella nació en una aldea bien difícil de encontrar, estaba a dos peras de mar, a la izquierda de la nube blanca con ojos de caracol y a 25 meñiques de la abeja flores blancas; si seguías esas instrucciones en el mapa invisible encontrarías la aldea, ¿y sabes por qué sé que estoy en la aldea? Porque lo primero que ves es el sentimiento de la esperanza y lo que se oye es el silencio de la montaña, allí dentro hay un sutil olor a vuelo de peces.

Nació en una familia donde todo eran risas, trabajo, también había tristeza, juegos, tareas que hacer, alegría y amor.

Su mamá era grande, con un culete bien redondeado que se podía ver su luz a kilómetros y unas alas fuertes, se llamaba: luz AMOR.

El papá era muy erguido, largo, con unas patitas bien musculadas; él se llamaba luz CARICIAS.

Luego estaban la hermana luz VIDA; la hermana mediana que se llamaba luz TENUE y nuestra protagonista, que era la pequeña de las hermanas, se llamaba luz DESTELLANTE.

En la aldea, por las noches, todas las luciérnagas salían y se reunían en los juncos junto al río que rodeaba toda la aldea con su agua clara y fresca y los peces volaban y los pájaros nadaban. En las noches todo se respiraba: amistad, solidaridad, historias de alguna luciérnaga anciana... todo era tan bello.

Todo cambió una noche en que nadie vio llegar a un ser oscuro, con unas patas pegajosas, entró por la chimenea de la casa de DESTELLANTE a escondidas, como un vampiro que solo deja desolación; como un tsunami que deja devastación. Ahora la luna no brillaba, ni los juncos eran tan altos, ni el agua tan transparente; los peces solo nadaban ya no volaban, ni los pájaros nadaban ahora solo volaban, ya no había historias en las noches de los juncos.

Ese ser negro con ojos feos picó a luz AMOR. Y se fue apagando ese trasero que tanto relucía y le daba luz a la luna. Una mañana se despidió y se apagó por completo.

Toda la aldea estaba triste esa noche, las luces perdieron su brillo.

Pasó un tiempo y luz CARICIAS dejó de querer brillar y mandó fuera de casa a luz TENUE y a luz VIDA; solo quedó luz DESTELLANTE en casa de su padre; pero ella no podía brillar por los dos. A luz CARICIAS se le fueron apagando los ojos, la razón y se fue a la aldea de al lado, la aldea del lamento; después viajó a la aldea de la nada y cuando luz DESTELLANTE lo encontró ya no se encendía su luz.

Y así luz DESTELLANTE tuvo que partir, ella tampoco podía brillar.

Y viajó y se fue y habló con sabias ancianas, con los gnomos del bosque, con sus primas las libélulas, cayó en la noche oscura del alma, con desiertos sin oasis.

Cuando ya no pudo más, cuando confió en su destello, cuando dejó atrás la oscura noche del alma, poco a poco empezó a tener luz, una luz de amor, una luz de esperanza, una luz de caricias una luz DESTELLANTE.

Ahora sí, ahora estaba preparada para regresar y volver al hogar, a los juncos, a las historias de las ancianas, a volver a ver los pájaros nadar y a los peces volar. Y regresó... y conoció una luz muy, muy brillante: luz ETERNA... pero eso es otra historia.

FIN

*Todos los niños del mundo merecen crecer en hogares
donde las madres sean respetadas.
A L, por tanta bondad, resiliencia y amor
hacia sus hermanos, C y P.
L, C y P, os amo.*

CUCARACHO Y YO

SANDY DESCHAMPS

Era una vez una hormiga llena de luz, risueña, noble y presta siempre al servicio. En su familia la consideraban brillante pues pensaban que había nacido para recibir y detectar emociones y sensaciones y sanarlas si estaban dañadas.

Esta hormiga tenía como nombre Antenita.

Una mañana, al despertar después de un largo desperezamiento se levantó con un propósito, pero no un propósito cualquiera, no, aquel propósito era: ¡¡¡ir a la escuela!!!, como todos los días. Más no una escuela cualquiera, no; en la escuela de Antenita cuando respiras ¡sientes que respiras!, tan fuerte que tu aire llega incluso a los demás. Cuando hablas, te escuchan y te miran a los ojos y juegas, y así aprenden. El tiempo lo marcaba el dios Sol. A todos se le hacía corto el día, sobre todo a su maestro y gran observador, Pulgón Limón.

Pulgón Limón, de dulce voz, no paraba de hablar, tenía el don de la sabiduría, todos le querían.

Uno de esos días de escuela, un Cucaracho se quedó prendado de la amabilidad de Antenita. Le llamaban «Gpt»: G de garras y P de Patas, lo quería todo sin que nadie lo notase, y T de Thor, por su resistencia a todo y aunque solo volaba cuando tenía miedo, su vuelo era muy corto.

Como era de esperar, Cucaracho Gpt quería a Antenita para él, y es que menudo era Cucaracho. Al llegar a la escuela, una mañana, Cucaracho Gtp se sentó al lado de la dulce hormiga dispuesto a enderezar sus garras si era preciso. Aquel día sus ojos tenían un encanto especial para la ocasión, quería encandilar a su amiga tan especial, Antenita. Antenita, que nunca se fijaba en Cucaracho Gpt, se quedó maravillada hasta el punto de pensar como nunca antes. Se preguntaba:

—¿Cómo se fijaría en mí, con lo pequeña que soy?

Mientras tanto, Cucaracho estaba preparando el plan de su conquista, tenía un plan que solo los astutos cucarachos pueden desarrollar. Quería tener a Antenita con él. Salir, jugar en todos los parques con grandes acacias, de raíces fuertes donde Antenita se sintiera completa y segura, aquello solo era una parte de las estrategias del plan de Cucaracho.

Fue entonces cuando la hormiga Antenita empezó a sentirse aún más especial de tener a Gpt a su lado como un gran amigo. Un día Gpt, dispuesto a todo, le dijo a antenita que hicieran una casa para vivir juntos. En aquella construcción Cucaracho organizaba, dirigía y desarrollaba todo, cada tarea, para que saliera todo como él quería. Al principio permitía que su amada hormiga participara, aunque luego lo cambiaba todo y cuanto ella decía y hacía sin que apenas se percatara. De pronto, un día, toda la ternura, el amor e independencia, todos los dones de antenita empezaron a caer y, mientras caían, Cucaracho Gpt empezó con sus garras, despacio para no levantar sospechas, a cogerlos uno tras otro y a guardarlos en un cajón.

Un día cogía la ternura, mientras la hacía sentir querida y especial; y otro día, la libertad. En aquel entonces Antenita hasta tuvo que comprarse zapatos, no podía andar descalza, así hasta llegar a guardar en su cajón especial el amor que sentía Antenita por la vida, hasta dejarla sin nada. Desde entonces antenita solo tenía alma para

aquel Cucaracho socialmente perfecto. Los días para antenita empezaron a ser largos y fríos con miedo de jugar, olvidó la emoción de respirar, transmitir y sentir. Nacieron hijos, todos para el día dictado, programados. Antenita ya no era escuchada, se esforzaba por cantar nanas, jugar, hacer ricas comidas y ocuparse de sus hijos y de que Cucaracho estuviera bien. No recordaba lo que era andar descalza, hacía mucho que había empezado a sostener sus patas con zapatos.

Con el tiempo, según el plan y la astucia de Cucaracho, hizo creer a todos que cantar nanas, jugar, hacer ricas comidas y ocuparse de sus hijos, era y estaba hecho por él.

Una mañana, el sabio maestro pulgón limón, se encontró con antenita, no la reconocía, le costó saber que aquella hormiga sin alma era su antigua alumna, la antenita feliz de alma blanca, como le decían.

—¡Antenita! —dijo Pulgón Limón— ¿eres tú?

—Sí, profesor Pulgón Limón, soy yo —respondió Antenita.

—¡Cómo has cambiado! —le decía el maestro algo sorprendido—. ¿Va todo bien?

—Sí, ¿se acuerda de Gpt, aquel Cucaracho galante y apuesto de la clase?, formamos una linda familia, construimos una casa hermosa y vivimos felices.

—Pues es curioso, siento que algo no funciona como quizás es debido, presta atención, escúchate y recuerda que debes quererte.

Antenita, que ya no tenía ni recuerdos, empezó a pensar y desde aquel entonces activó la misión de sus antenas e inició el rescate de todo lo que había guardado su amado Cucaracho en un cajón; aquel cajón estaba lleno de tesoros, era el tesoro de su familia, era ella misma.

Y colorín colorado, esta historia de Cucaracho y yo, se ha terminado.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner 'alergia', que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...». Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *La Hija menor y otros cuentos*
se acabó de imprimir y encuadernar
en diciembre de 2024.

El taller *Érase tu vez* se imparte regularmente. Si tienes
interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde
se realiza en la página web

www.espacioparacontar.com

En este volumen decimonoveno se han recogido los cuentos escritos por: Ana Jose Sánchez García, Miguel José Carbajosa Gómez, Nuria Vila Sánchez, Inma Domenech Pedreño, Laura Cáceres Salvador, Sandy Deschamps Félix y Cecilia Alonso Ochoa.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 18, 19 y 20 de octubre de 2024 en La Casa de la Piedra. Murcia.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-126443-7-1

